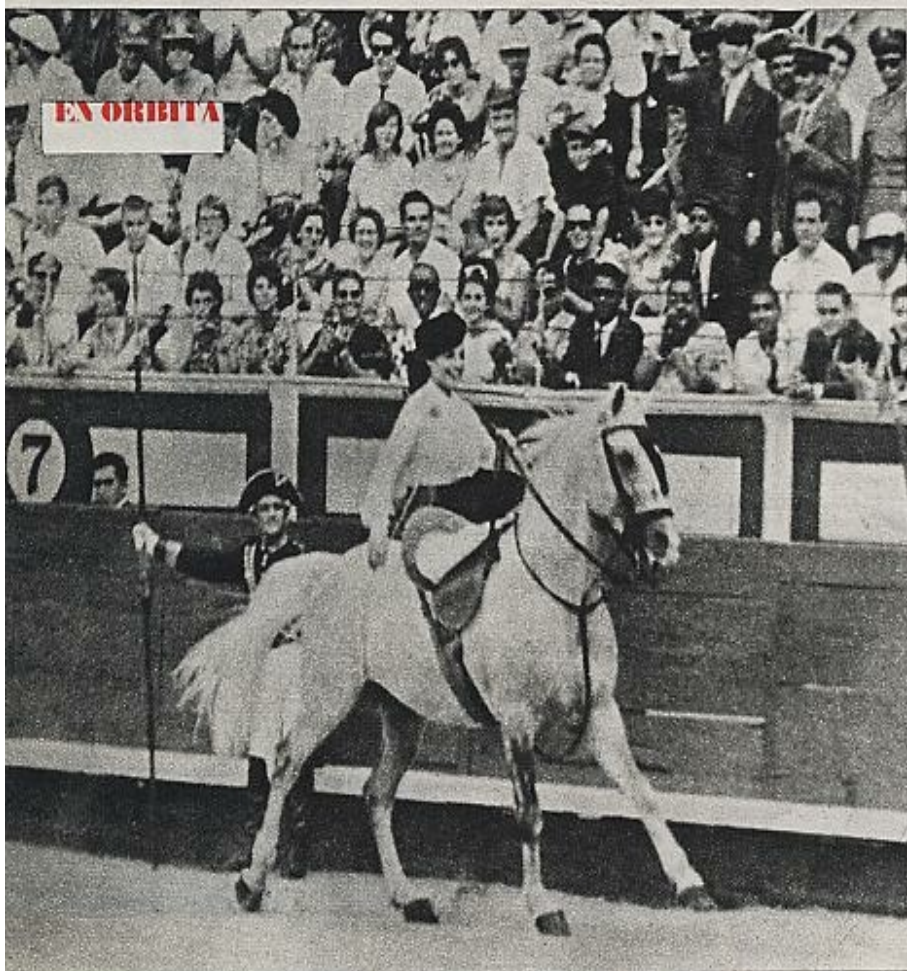


EN ORBITA



carmen sevilla: la maja a caballo

COMO EN LOS TIEMPOS DE GOYA

Lo plástico es en la tauromaquia —ningún «científico» de los toros lo pondría en tela de juicio— lo medular, lo sustantivo. La luz de España, elemento tópicamente especializado, presta a «los toros» la atmósfera justa para que el espectáculo se desarrolle en toda su plenitud. Salvada de la inercia de las faenas habituales, la corrida goyesca que vimos el domingo se nos ofrece como una expresión de la fiesta, sin duda más vistosa.

El mundo goyesco, tan esquemáticamente representativo en muchos aspectos, puesto en pie de nuevo en el redondel de las Ventas por obra y gracia del Círculo de Bellas Artes, equifirió a la corrida del domingo un perfil peculiar, y significó en ella lo más sobresaliente, pues no tuvieron los diestros demasiada suerte en sus respectivas faenas. Se logró, sin embargo, lo que realmente se pretendía: una síntesis plástica que adquiriese calidad por sí misma.

No fue ajena al éxito la participación de Carmen Sevilla, que, antes de comenzar la lidia, dio varias vueltas al ruedo montada en un magnífico caballo, y luego presidió la corrida. Hubo también, como prólogo, un brillante desfile de carrozas, con damas y caballeros ataviados al uso de la época del genial pintor.

La corrida satisfizo plenamente a las destacadas personalidades que la presenciaron y al numeroso público que se congregó en las Ventas para participar en la resurrección, por unos minutos, del ritual goyesco, de una plasticidad insuperable.



NATALIA comenta

UNA NOCHE EN HITA

ASISTI en Hita —ciudad medieval, tierra del Arcipreste— a la representación de "Calixto y Melibea". Me sorprendió ver tantos coches. Alegra siempre comprobar la afición al teatro, y en esta ocasión pensar que la gente hace ochenta kilómetros fácilmente para escuchar el buen castellano de nuestro Juan Ruiz.

Hita, casi abandonada por la mayor parte de sus habitantes —que buscan la gran provincia o la ceresna capital—, estaba vestida de fiesta para recibir a sus invitados, que subían andando las calles empinadas hasta llegar a la plaza donde se colocó el escenario. Un escenario donde lo auténtico y lo falso estaba admirablemente mezclado. Piedra verdadera junto a piedra pintada. Arcos antiguos cerca de puertas y ventanas de cartón.

Los habitantes del pueblo contemplaban asombrados al "turista", al visitante llegado de Madrid, de Guadalajara, de Alcalá de Henares... Es ya la segunda vez que tienen lugar estas representaciones de teatro medieval, pero no se han acostumbrado todavía. Les extraña todo esto. Los actores que aparecen en grandes autocares, los preparativos, los ensayos, la construcción del decorado... Les sorprende que su pueblo —tan perdido, tan tranquilo, tan pequeño— haya sido señalado para servir de escenario a estos festivales de teatro. Ellos han oído hablar, sí, del Arcipreste. Pero vagamente...

Han instalado graciosos merenderos, improvisados y rústicos restaurantes, donde se ofrece al público cordero asado y "figados de cabrón con salsa de ruibarbo"... Y pan tierno, y vino de Toro, guardado en enormes pellejos que cuelgan de la pared. Todo está cubierto de cañizo. Las mesitas son toscas, y la gente se sienta en pequeñas banquetas. Sirven en platillos de bar las raciones de cordero, junto con el pedazo de pan, atravesadas por un pincho de hierro, como en tiempos medievales... El vino se toma en jarras que luego son regaladas al "bebedor".

Hay puestos de caramelos en varios rincones y tenderetes donde se vende miel de la Alcarria.

Hita, dormida, silenciosa, revive durante estas noches inolvidables. Parece haber surgido de entre las piedras, de entre sus piedras. Se conservan una o dos torres de iglesia y la puerta de la muralla que da acceso a la plaza principal. Lo demás son casi ruinas.

La gente del pueblo asiste a la representación. Llena totalmente las sillas del fondo. Delante pueden verse caras conocidas: el escultor Raúl Valdivieso, el pintor Fernando Mignoni, Juan de Prat Gay, Alberto Lorca, los señores de Paranaquá...

Se escuchan, en el silencio de la plaza, las frases del Arcipreste. Suenan las palabras de amor de Melibea y de Calixto en medio de un profundo silencio.

Fue una lástima ese viento que se levantó de repente y que hacía ruido al cruzar ante los altavoces.

—¡Anda! —exclamó una mujer del pueblo—. Si yo creí que ese ruido que se oía eran truenos...

—¿Truenos?

—Claro. Truenos que había preparado el director de la "función" para que nos creyéramos que había tormenta.

Mucha gente se levantaba de su sitio y se resguardaba dentro de los soportales. Las señoras habían conñado en el color madrileño y tiritaron bajo sus trajes de verano durante toda la noche.

—¿Qué maja es la artista! —decía a cada momento un hombre cerca de mí cuando aparecía Maite Blocco en escena.

Durante el entreacto y al final de la representación, unos "danzantes" aparecieron en la plaza tocando gaitas y tamboriles.

Alguien me explicó:

—Antiguamente, varios hombres del pueblo recorrían las calles con estos instrumentos, y atraían a la gente hacia la plaza, donde los cómicos esperaban para empezar la función...

Encontré a Héctor Zaraspe, el coreógrafo y bailarín, en las "bodegas" donde asaban el cordero. Héctor interpreta el personaje de la Muerte en "La danza de la Muerte", preludio de "Calixto y Melibea". Es ya familiar a los del pueblo.

—Figúrate que, hace dos noches, antes de empezar la representación, vine a beber un vaso de vino, maquillado y con mi disfraz puesto. Para acortar el camino, bajé por unas cuevas muy oscuras, donde nunca hay nadie. De repente me crucé con un matrimonio del pueblo, que se dio un susto terrible al verme. ¡Yo iba corriendo y con una gran capa que me daba un aspecto siniestro! Cuando la mujer me reconoció, dio un suspiro de alivio:

—Ah, si es la Muerte! Buenas noches tenga usted...